



PRELUDIO DE UNA DESPEDIDA

César Aldana

Dedicado a la mujer
que se desamoró
por una
moto .

*“Ya siento descansar junto a Dios,
mi alma y junto a tí, mi último beso
mi primera palabra...”*

José Augusto Pérez Palacios

*Toda la noche, el viento.
Solo, sin rumbo, el viento, entre ateridos
brazos de algún rosal, aullando en la sombra.
Páramo nace la luz,
haciendo emerger ascuas
del torso de los árboles,
en el amanecer, entre la nieve.
Alguien
le ha dictado al paisaje nuestra historia.*

Manuel Naranjo

La soledad del cristal de fondo

Cuando en el crepusculario el sol ardiente
Desvanece su influjo de aquel flamante espejo:
(Aquellos taciturnos ojos que miraban...);
Esa diminuta ráfaga de luz que con mimo
Destella una tersa luna opalina...
Te contempló afligido; tan hermoso cuerpo,
Aquellos párpados de colores intensos, esos verdes ojos
Casi castaños,
Estas pestañas de rimel sugestivo; todo, de puntillas
Sobre su piel, femenina de una entidad travestida...
Fragancia hechizada que libera el esplendor,
El vuelo del cisne, tu indeleble recuerdo;
Sutil vestido - el color de la rosa marchita -,
Perdido en sus pétalos por el perfume terso de la noche...
Pléyade en la galaxia, elegante baile, danzas
De un vals,
Austria, Viena, recuerdo de aquellos suntuosos salones
Donde Danubio bañaba sus cuencas...
(Juntos en la magia de un sueño...)
Aquellos taciturnos ojos que miraban antes,
Ahora su brillo, perdido de tanto contemplar
Lindeza en tal argentino tul,
Que acariciaba la caná de tus senos,
De tus cabellos su crespo viento...
Ni tan maravilloso fue el regalo de las musas
A la olímpica Pandora, ni siquiera soñó en verlo posado
Cyrano por Magdalena, su amada prima (Roxanna);
Una hermosura que no se marchita cuando
Se aprecia la vía láctea, el apocalipsis, el cielo;
Tú que siempre ocultas el brillo del sol con tu reflejo;
Unicornio, ninfalia, habitas en la selva
Del cristal verdoso, en la drusa del espejo,
De tí, no sólo me deslumbra tu belleza:

je t'aime.

Antes de caer el último pétalo

Puesto que siendo así, ese infortunio yacía
En lo mas recóndito de mis entretelas, mientras el sosegado
Bulevar cubría la noche con descanso de la lluvia,
En mi corazón tenue salpicaba sus aguas.

Olvido trémulo de mis pensamientos...

Donde tras aquellos canos muros inquebrantables
Se agotaba el recuerdo de una mujer; nostálgico
El viento poniente oreaba el aroma de su ropa,
Aquella celosía, que besaba los juncos de tu ventana,
Dejaba de imarginarme tus ojos tras de sí.

Pero esa tapia, presa de mi cilicio, se quebrantó
Y el cristal colorido de tus pupilas sostuvo su llanto;

Había perdido mi memoria...

El verde manantial de sus luceros quedó grisáceo
Por la falta de besos soñolientos y humildes, mientras
El carmín de sus labios descoloreaba su amor
Sobre la piel de mi pecho.

Gracias Señor, por deshojar el racimo
De mis rosas...

La tormenta, adormecido el atuendo de aquellos
Relámpagos
Que deslumbraban el camino truncado del bulevar,
Daba por fin, hoy, su tambaleante desasosiego,
Y mis entrañas descansaran en paz.

Alguien ha revivido un sendero con mis pétalos
Derramados,
Cuando su cuerpo ansioso corrija todas las curvas
De esa travesía que a ella conlleva, volverá a plantar
Una rosa, una nueva rosa en el jardín maldito de
Mi infierno;

Y caerá una lágrima

Una lágrima por mi último pétalo.

Tras la edad tardía

Pues en sazón. La primavera deja azarosa de
Florecer
Toda su sagacidad de luceros, insistente moistas
Rosas desean
Alzar sus inquietantes capullos por esa clámide
Maniatando el fervor de Febo procaz, díscolo Apolo.
Sin embargo; de estupor, jadea fragosa la puerta,
El invierno de tus cármes, Jatib resogón,
Vocablos hilvanados
De un manifiesto marxista. El impávido frío reseca,
Cordialmente dolorido,
Las agostadas coronas florales de algún que otro
Rosal.

El rocío que cubre, solazado de blanquecinas
Perlas
Un mar añil, de un azur siniestro...
Entre tiempo, castaño el otoño y opalino
El estío, procreándose
Anhelan una sonrisa, mocedad de los labios
De un crío:
(El insomne amor de ese orgasmo desapacible);
Irrumpe la alegría, cuán sonrisueñas eran
Mis lágrimas de infausta vigilia, maldito ese aljibe
que amparaba el extevagante gemido de aquella
Pavesa cólera, inerme de cuchillas que con su remanso;
Apartaban la mansedumbre de mis heces...
Heme sinceramente enconado, divinamente
Mortaja que trueca por no caer en el herrumbre sabor
De la muerte, en un hastío de cadáveres elegantes,
Indumentados para tal exequia.
Tal iracundia de empalagosos salivajos
Que se decrépitan con potestad sobre mi erial faz.
Heme raudo pensativo en la discordia
Que se nos acecha al mundo;
Arrugas en mi semblante,
La tez oculta tras el cristal, cuando todavía
Debe advenir la edad tardía...

(El amor, puede llamar a mi puerta.)

El burlador de susurros

Bermejos claveles, blanquecinos jazmines
De olorosos recuerdos,
Áureos narcisos copan las aguas puras de lágrimas
Rociadas,
Jacintos tronados de malva, aterciopeladas prímulas
En eclipse rojizo amarillento,
Cuando la cadenciosa mar se bautiza de negruzcas
Cenizas...

Te concedo yo, azul heráldico, todo lo que
En mi corazón
Desafortunado yazgo. Eurídice regresaba por
los mancebos ojos del caudaloso y esotérico Orfeo,
Tenue silabario de versos recitados sin cuerpo.
- hades interpuso entre nosotros su cariño -,
Como ese tremebundo vampiro cárpatos que aposentaba
Con untuosidad su visaje entre tus pavoridos
Y deliciosos muslos...

Apeteciste esa fruta pecaminosa que la vil
Serpiente draconiana os enarboló: dulce melocotón
Almibarado; cosecha del olimpo te supuso, nepentes
De hordas mágicas como tal estupefasciente que lenificaba
La sórdida tristeza y el incandescente dolor
De cuán litúrgico amorío padecías...

¡ Oh maldita, Maldita seas !

Llamado de seculares bacanales
Donde aquel princi-pillo te hociaba con su deseada
Y babeante, viperina lengua, mientras ensayaba posturas
Ante el pezon delicioso que altivo coronaba
Tu seno.

Ese jugo se gangrenaba como el eréctil miembro,
Mirado de reojo, mientras cadalso de su funeral,
Por ese lánguido gusano serpenteante,
Que líbido de mujer, ansiaba devorar el corazón...

Ahora exhausto de fiebre mi quimérico corazón
Inquiere sin ufanarse este mundo vulgar y mentiroso:

Yo me dije sonriendo: ¡ Qué bella es !,
Y una pensil rosa manché con mi mirada infame.

No anduve un instante en contemplar su yerto cuerpo
Desnudo ante mí; aquel postrero beso entre sus piernas
Había comenzado tal afanoso albedrío de un amor lujurioso
Que conllevara a aquellos labios helados.

Tras rociar sobre ella, bajo una incesante luz
Avenida de un áureo y divino quinqué, todas y cada una
De las añiles y aneroides rosas deshojadas que poseía
Aquella versallesca canastilla que ondeaba mis labios;
Cuán maravillosa cintura reverdecida por las espinas
Que mi boca adulaba nebulosamente, límpido cada pensamiento
De mi corazón, profanos y apócrifos mis hechos...

Como marqués de los infiernos esperaré mi óbito;
Y aunque no tantas amantes me lisonjearon
como a Bradomín;
Con tal notoriedad me reclamaron todas las caricias que
Aposenté;

Qué mundo mentiroso y vulgar...

¡ Mierda de vida !

Una dispendiosa gota verte mi rostro dolido, no sé
Si ululante lágrima, un sudor o una mirada
Coqueta que me evocara ese sigilo de mis penas,
Pero si que yaciese marchita cuando me siento

A recordar...

*Llegará el día en el que
te arrepientas de no haberte
abogado en el manantial
que ballaste...*

José Luis Vega Fernández